LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

LA MUERTE DE FEDERICO GARCÍA LORCA

*Armando Pereira**

I

Durante toda la era franquista, la prensa y los medios de comunicación se dedicaron a difundir la imagen de un Lorca apolítico, de una obra que, aunque hundía sus raíces en las tradiciones populares, estaba muy lejos de contemplar posturas ideológicas o políticas definidas. Con ello, el gobierno de Franco no hacía otra cosa que apropiarse de un poeta, de un intelectual, de envergadura internacional, que había sido asesinado por las propias fuerzas que ahora trataban, por todos los medios, de borrar ese hecho indeleble.

La vocación política de Federico García Lorca y su postura explícita en favor del ideal republicano, es algo que se confirma incesantemente no sólo en su obra poética, sino también en su teatro, en sus ensayos, en sus múltiples declaraciones y manifiestos publicados en periódicos y revistas y en su propia participación en la vida pública española del momento. Son muchos los documentos que manifiestan abiertamente la voluntad política de Lorca, su expreso deseo de participar activamente en la vida pública y de pronunciarse sobre los acontecimientos internacionales del momento. Ya desde su juventud, se expresa claramente esa voluntad en una carta dirigida a José Ortega y

73

* UNAM; ITAM.

ARMANDO PEREIRA

Gasset, junto con otros jóvenes escritores de su generación, en abril de 1929, dos años antes de que cayera la dictadura de Miguel Primo de Rivera:

Poco tiempo hace, surgió entre nosotros, unos cuantos escritores, la idea de organizar un grupo de carácter político, de la más amplia ideología dentro del horizonte de la libertad, y de tono y significación distintivamente intelectuales (...).

Creemos que se impone con urgencia la necesidad de que los intelectuales españoles, muy particularmente los intelectuales jóvenes, definan sus diversas actitudes políticas y salgan de ese apoliticismo, de ese apartamiento –no pocas veces reprochable– que les ha llevado a desentenderse de los más hondos problemas de la vida española. La política no es un ejercicio que se pueda desprender de los demás de la inteligencia, ni una reducida especialidad de los profesionales. Es un objetivo esencial del pensamiento y una parcela importantísima en el área de la cultura.

74

Por eso nosotros propugnamos una definición de actitudes, credos, convicciones y tendencias. Y convocamos por nuestra parte a todos los hombres ‘nuevos’ de España, cuya sensibilidad liberal sintonice con la nuestra, para que de la colectiva afirmación que hoy hacemos, nazca un partido fuerte y desinteresado. Un grupo de genérico y resuelto liberalismo... Por lo tanto: un grupo que no adquiera con los viejos partidos históricos otro compromiso que el de la mutua ayuda en los problemas comunes, ni alce otra bandera que la del pensar libre y moderno, dentro de la soberanía fundamental del derecho...

La carta concluye solicitándole a Ortega su “dirección, apoyo y consejo”. Está firmada, entre otros, por Corpus Barga, Antonio Espina, Benjamín Jarnés, Pedro Salinas, Francisco Pina, Ramón J. Sender y Federico García Lorca.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

La respuesta de Ortega y Gasset no sólo es favorable, sino explícitamente entusiasta. Comienza por felicitar al grupo por su voluntad de participar en la vida política española, en un momento en que esa participación es decisiva para la ‘reorganización nacional’. Acepta contribuir con su apoyo y consejo, no con su dirección, pues considera que “en política la dirección no es título que se concede premeditadamente, sino que resulta del ejercicio mismo de la acción”. Aunque se apresura a adelantar algunos consejos que considera imprescindibles:

1. Romper radicalmente toda comunicación y continuidad con el pasado de la política nacional en todas sus formas y modos.
2. No pactar con la tradicional división en derechas e izquierdas, división que, ejecutada en tiempos pasados, se refiere a cuestiones viejas, y aceptada hoy retrotraerá inexorablemente la política a las posiciones antiguas.
3. Que la base de la política futura ha de ser el liberalismo.
4. No adoptar posiciones reactivas. Llamo así a toda calificación política que se den ustedes como reacción frente a las actitudes de los enemigos. Esto es condenarse al fracaso, porque es renunciar a tener propia sustancia, y vivir en un parasitismo negativo.

75

Y, por último, Ortega los llama “a hacer la política y hasta gobernar alegremente”.¹

Años más tarde, y en pleno bienio de derechas (diciembre de 1934), Federico concede una larga entrevista al periódico *El Sol* en la que se declara partidario de los desposeídos, “de los que no tienen nada”:

En este mundo, yo siempre soy y seré partidario de los pobres. Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros —me refiero a los

¹ Véase tanto la carta de García Lorca como la respuesta de Ortega en José Ortega y Gasset, *O.C.*, t. xi, 1969, Madrid, Revista de Occidente, p. 102-6.

ARMANDO PEREIRA

hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases que podemos llamar acomodadas— estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí, tu dolor y tu sacrificio, y aquí la justicia para todos... y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo.²

Con esto, podemos ver que no sólo existió siempre en García Lorca una decidida voluntad de participación política, sino que esa voluntad tenía un signo ideológico claramente definido: ‘los pobres’, ‘los desheredados’, ‘los que no tienen nada’, ‘la justicia para todos’. Incluso sus propias concepciones estéticas estaban en plena sintonía con esta postura ideológica: rechazaba el arte puro, vacío de contenido, que no supiera hablarle directamente a la gente del pueblo. Para él, la obra de arte debía, desde el primer instante, entablar un diálogo con quien se acercara a ella, incluso la gente más sencilla, que apenas sabía leer y escribir, o aun analfabeta (de ahí su trabajo con ‘La Barraca’, que pondría la literatura clásica española al alcance de obreros y campesinos). En una entrevista con Luis Bagaría, publicada también en *El Sol*, Lorca definiría así su postura estética:

Ese concepto del arte por el arte es una cosa que sería cruel si no fuera afortunadamente cursi. Ningún hombre verdadero cree ya en esa zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas.³

² Alardo Prats, “Los artistas en el ambiente de nuestro tiempo (entrevista con García Lorca)”, *El Sol*, 15 de diciembre, 1934.

³ José Luis Cano, *García Lorca*, 1962, Barcelona, Destino, p. 123-4.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

Estas consistentes afirmaciones en periódicos y revistas, no se quedarían sólo en el papel; por el contrario, se verían confirmadas a través de la propia labor de Lorca en el terreno de la difusión de la cultura. En 1932, Fernando de los Ríos, Ministro de Instrucción Pública del Gobierno de Azaña, nombró a Federico García Lorca director del nuevo teatro universitario 'La Barraca', conformado fundamentalmente por estudiantes de Filosofía y Letras y cuyo principal objetivo sería llevar a los pueblos más remotos de España, a la gente más humilde y sencilla, la cultura clásica española, escenificando obras de Lope de Rueda, Cervantes, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Lope de Vega, etc. Se trataba de un teatro popular y Federico estaba claro en cuanto al público que buscaba: "El público de obreros, gente sencilla de los pueblos (...) y estudiantes y gentes que trabajan y estudian. A los señoritos y a los elegantes, sin nada adentro, a esos no les gusta mucho, ni nos importa a nosotros."⁴ Y de hecho, ese proyecto de un teatro popular, que llevara la cultura a los sectores que tradicionalmente habían sido marginados de ella, fue duramente criticado desde las derechas, alegando, con franco cinismo, que sería demasiado caro mantenerlo. Incluso, a fines de 1933, con el advenimiento de la República de derechas, su presupuesto sería considerablemente reducido y las críticas a la labor desarrollada por su director recrudecidas y aviesas: el 5 de julio de 1934, *FE*, el principal órgano de difusión de la Falange Española, se lanzó contra el grupo de 'La Barraca', acusándolos no sólo de malgastar el presupuesto de la nación, sino "de llevar una vida inmoral, de corromper a los campesinos y de practicar el 'marxismo judío'".⁵

Hay que señalar además que, a partir de 1932, Federico desarrolló una intensa labor como conferencista, recorriendo distintas regiones del país —Madrid, Valladolid, Sevilla, Granada, San Sebastián, Galicia, Salamanca—, invitado por el Comité de Cooperación Intelectual, organismo recientemente creado por la República. A lo que habría que

77

⁴ *Ibid.*, p. 94.

⁵ Ian Gibson, *Granada 1936. El asesinato de García Lorca*, 1979, Barcelona, Crítica, p. 21.

ARMANDO PEREIRA

agregar también su constante participación en tertulias, sus colaboraciones en revistas de izquierda y el sinnúmero de manifiestos que firmó, junto con otros escritores de su generación, contra el auge del fascismo en Europa, contra las dictaduras latinoamericanas (en particular contra la de Getulio Vargas, en Brasil, y en apoyo del comunista brasileño Luis Carlos Prestes, encarcelado y condenado a muerte por la dictadura de su país), en apoyo también al pueblo puertorriqueño en su lucha contra la dominación norteamericana y en favor de la constitución del Frente Popular que en febrero de 1936 llevaría al poder a la nueva República.

Es toda esta actividad política, llevada a cabo entre 1929 y 1936, paralelamente a una obra de franca filiación popular, lo que permite a Ian Gibson afirmar, contra la propaganda franquista en torno a un supuesto “apoliticismo” del poeta granadino, que

78

Lorca sí era republicano; era explícita y públicamente anti-franquista; rechazó la España tradicionalista y católica, la España imperial de Fernando e Isabel y sus sucesores, tan añorada entonces por mucha gente de derechas; deploró, otra vez en público, la represión política llevada a cabo durante el ‘bienio negro’ de 1933 a 1935; apoyó públicamente la campaña del Frente Popular en 1936 y valoró su triunfo como ‘la reconquista de la República’; a pesar de no pertenecer a ningún partido de izquierdas ni de ser militante político, tenía ideas socialistas liberales; y, desde la óptica derechista de entonces, era decididamente ‘rojo’.⁶

Para confirmar la opinión de Gibson, baste remitir al lector a la reseña de la puesta en escena de *Yerma* el 29 de diciembre de 1934, que realiza José Esteban en su libro sobre el Madrid republicano:

El estreno, el 29, se inicia con peripecias y malas expectativas. Elementos de extrema derecha (José Antonio se ha conver-

⁶ *Ibid.*, p. 15-6.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

tido para entonces en el jefe indiscutible del fascismo español y se ha manifestado en la Puerta del Sol) intentan reventar la función, no sólo por el contenido de la obra, sino por las simpatías con que cuenta el autor en las filas republicanas. Al levantarse el telón se oyen gritos contra Margarita Xirgu y Manuel Azaña. Insultos groseros. Tortillera, dirigido a la actriz, y maricón a Lorca.⁷

De un lado y otro, los ánimos se exaltan y la trifulca estalla en la sala, aunque a fin de cuentas el público en su conjunto reacciona con firmeza y los alborotadores terminan siendo expulsados del teatro. La obra logra al fin escenificarse y concluye con vítores y aplausos prolongados, que testifican sin lugar a dudas no sólo el valor estético de la puesta en escena, sino al mismo tiempo un cerrar filas ideológico en torno a su autor.⁸

La crítica en los periódicos de derecha no se hizo esperar: se manifestó, sobre la puesta en escena de *Yerma*, más o menos en los mismos términos que las protestas de los agitadores en la sala. Concretamente, en un comentario que destilaba mucha más acendrada rabia política que vocación de análisis literario, publicado en el periódico católico y monárquico *El Debate*,⁹ se la tildaba de ‘inmoral’, ‘blasfema’ y ‘odioso pastiche’, epítetos que ya hemos visto endilgárselos, tiempo atrás, a escritores que supieron abrir nuevos caminos a la sensibilidad y a la inteligencia, como Baudelaire o Wilde. Es esa inesperada respuesta de

79

⁷ José Esteban, *El Madrid de la República*, 2000, Madrid, Sílex, p. 149.

⁸ Hechos como éstos no eran nada raros ni mucho menos insólitos en la España de la época. Ya en junio de 1931, con la puesta en escena de *Fermín Galán* de Rafael Alberti, una obra dramáticamente débil y bastante provocadora en el plano político, ocurriría algo similar. Como también, unos meses después, en noviembre de 1931, con el estreno de *AMDG (Ad Majorem Dei Gloriam)*, adaptación de la famosa novela de Ramón Pérez de Ayala por Cipriano de Rivas Cherif. Véase Rafael Alberti, *La arboleda perdida*, 1957, Barcelona, p. 312-5.

⁹ Cfr. *El Debate*, 3 de enero, 1935, p. 6.

ARMANDO PEREIRA

la prensa de derechas, sin embargo, lo que le permite suponer a Gibson que, desde entonces (enero de 1935), “Lorca ya estaba clasificado por la derecha como enemigo”.¹⁰

No parece casual, entonces, sino más bien un acto calculado y propositivo, la elección de García Lorca para escarmentar, mediante el asesinato de una de las figuras más relevantes del ámbito de la cultura tanto nacional como internacional, a una intelectualidad que cerraba filas en torno a la defensa de la República. Aunque esto, sin embargo, no desvanece el aura de misterio que rodea el destino final del poeta andaluz.

II

80

La tarde del 13 de julio de 1936, seis días antes de la sublevación de la guarnición militar de Granada, y contra las previsiones y consejos de sus amigos más cercanos en Madrid, incluso los del propio escritor falangista Agustín Foxá, Federico García Lorca decidió tomar el tren, rumbo a su tierra natal, para pasar unos días junto a su familia, antes de realizar el proyectado viaje a México, donde Margarita Xirgu ponía en escena sus obras dramáticas y donde leería también una conferencia sobre Quevedo. Esa misma tarde, tenía una cita con José Bergamín, en la redacción de la revista *Cruz y Raya*, con la que habitualmente colaboraba. Un par de meses después, cuando se confirmó en Madrid el asesinato de García Lorca, Bergamín recordaría particularmente esa tarde en la que había esperado inútilmente a su amigo Federico, pues no era costumbre suya faltar a una cita, y mucho menos sin avisar siquiera.

Granada caería en manos de los nacionalistas el 20 de julio de 1936, sólo tres días después de que Franco proclamara el levantamiento en Ceuta y Melilla, y a escasas 24 horas de que Queipo del Llano se hiciera del poder en Sevilla. Sólo el barrio obrero del Albaicín resisti-

¹⁰ Ian Gibson, *op. cit.*, p. 25.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

ría todavía tres días más bajo el fuego de la artillería y la aviación enemiga. Los esfuerzos por parte del ejército republicano por reconquistar Granada, fueron inútiles. A pesar de ser tan sólo un enclave en el amplio territorio rojo en la provincia, los rebeldes supieron resistir y lograron conservar el control de la ciudad.

Como en el resto de las regiones conquistadas de España, la represión allí no se hizo esperar. No era necesario ser un destacado militante de izquierdas o haber participado activamente en los mítines y manifestaciones de apoyo al Frente Popular, bastaba sencillamente con compartir los ideales republicanos para convertirse en un blanco seguro de la represión. Bajo el término ‘marxista’, que en ese momento, entre las filas de los insurrectos, era sinónimo de asesino, ladrón, judío, masón, violador, incendiario o cualquier otro adjetivo que, para ellos, designaba a la lacra social, cabía cualquier sujeto que no se hubiera afiliado a tiempo al bando nacionalista. Confróntese, en este sentido, este breve pero elocuente “Homenaje de Granada a su salvadora”, aparecido en el diario católico y monárquico *La Verdad*:

Las hordas marxistas de Granada, que es tanto como decir las hordas del robo, del incendio y del asesinato, estaban apercebidas y preparadas para producir en nuestra hermosa y apacible ciudad todos los sangrientos desmanes que en otros lugares han realizado, pero el designio no se consumó, porque la hora que tenían señalada los criminales salvajes no existía en el reloj de la Eternidad y el manto protector de nuestra Amada Madre se extendía benéfico sobre nuestra ciudad amparándola y poniéndola a salvo.

Y bajo ese amparo, y como instrumento de sus altos e irrecusables designios, el Ejército salvó a Granada, liberándola de los horrores de que iba a ser teatro y víctima, y dándole, dentro de la intensa agitación que conmueve a España, una tranquilidad que no está lejana de lo normal.¹¹

81

¹¹ Cfr. *La Verdad*, 5 de septiembre, 1936, p. 1.

ARMANDO PEREIRA

De nuevo, aquí, esa vieja pareja de instituciones –Iglesia y Ejército– que, junto con la Monarquía, habían vertebrado el poder en la península, desde los xenófobos Reyes Católicos y, aún después, durante los Austrias y los Borbones. Pero sobre todo la certeza de que esa ‘tranquilidad’ que necesitaba el país, y que sólo podía provenir de esas instituciones restauradas (y no de la participación democrática y civil, como buscaba la República), radicaba en ciertos métodos duros, inflexibles, aunque absolutamente necesarios.

Ian Gibson y Claude Couffon han descrito vívidamente los métodos utilizados por lo que se dio en llamar la ‘escuadra negra’ para hacer sentir el peso de la fuerza insurrecta en los territorios ‘liberados’:

La ‘escuadra negra’ [que sería la encargada de ejecutar a García Lorca] estaba integrada por grupos más o menos amorfos de individuos –quince o veinte, en su mayoría muy jóvenes– que mataban por gusto y a quienes Valdés, el jefe de la insurrección en Granada, con la finalidad de sembrar el pánico entre la población civil, había otorgado una gran libertad de acción. Muchos de estos matarifes eran hijos de familias acomodadas.¹²

82

Y, por su parte, Claude Couffon describe minuciosamente sus procedimientos:

Las operaciones de limpieza practicadas por la ‘escuadra negra’ tienen un nombre evocador: *el paseo*. Se desarrollan siguiendo un procedimiento tan característico que bien se puede hablar de método. Para el hombre puesto en la mira de los verdugos, todo comienza con la frenada brusca de un vehículo en la puerta de su casa, generalmente a altas horas de la noche. Después gritos, risas, insultos, y pasos en las escaleras (...). Finalmente, una andanada de puñetazos contra la puerta. Y es la escena atroz: la madre que se pega al hijo e implora a los torturadores,

¹² Ian Gibson, *op. cit.*, p. 107.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

quienes la rechazan a culatazos; los hijos y la mujer que lloran sobre el pecho en que apuntan los fusiles. El hombre, vestido a la ligera, es empujado, brutalmente precipitado por la escalera. Un motor ronca, el vehículo parte. Detrás de las persianas cerradas de la casa, vecinos y vecinas espían y piensan que mañana les puede tocar el turno (...). A veces la salva de fusiles estalla en la misma esquina, o simplemente en la acera. Y la madre o la esposa pueden descender, saben que sólo encontrarán el cadáver. Pero que no salgan demasiado pronto, pues en tal caso puede suceder que suenen otros disparos, haciendo rodar su cuerpo sobre el cadáver que venían a recoger.¹³

III

Federico llegó a Granada seis días antes de la sublevación de la guarnición militar y se instaló en la casa de sus padres, la Huerta de San Vicente, a las afueras de la ciudad. No era un refugio; tampoco un escondite. Desde el mismo día de su llegada, Federico salió a las calles y frecuentó a los amigos en cafés y restaurantes del centro de Granada. Además, tres de los grandes periódicos de circulación local –*El Defensor de Granada*, *Ideal* y *Noticiero Granadino*– habían dado ya la noticia de su llegada a la ciudad. No había motivos aparentes para preocuparse y podía pasarse la tarde entera en una terraza contemplando a la gente pasar o abandonado a la agradable conversación con Manuel de Falla, amigo íntimo con quien había compartido innumerables tertulias y con quien, en 1922, había organizado en Granada la Fiesta del Cante Jondo (en su organización participaron también Andrés Segovia, Ignacio Zuloaga y Ramón del Valle-Inclán), cuyo éxito indiscutible tuvo fuertes resonancias en toda Andalucía. Incluso, los días que siguieron al levantamiento armado y a la toma de la

83

¹³ Claude Couffon, “Le crime a lieu à Grenade”, en *À Grenade, sur les pas de García Lorca*, 1962, París, Seghers, p. 89.

ARMANDO PEREIRA

ciudad por los nacionalistas, tampoco parecieron alarmar demasiado al autor de *Mariana Pineda*. Al menos, no al grado de decidirlo a coger un tren para volver a Madrid.

La primera visita de la “escuadra negra” a casa de Federico el 9 de agosto de 1936, lo tomaría por sorpresa. No iban a buscarlo a él, pero sería su primer contacto directo con el horror. Esa visita ha quedado descrita, de una manera vívida, por la sirvienta de la casa:

84

Vinieron en busca de un hermano del casero, un hermano de Gabriel. Vinieron en busca de él y estuvieron registrando la casa de los caseros y estuvieron mirando (...). Y luego a la Isabel, a la madre de Gabriel, y a él, les pegaron con la culata. Hechos polvo estaban, de rodillas. Entonces fueron a la casa de la señorita Concha, al lado. ¿No ha visto usted que allí hay una gran terraza? Pues allí había un poyo, con muchas macetas y todo. Allí cenaban y comían y todo. Y entonces fueron éstos y azotaron a Gabriel. Y a Isabel, la madre de ellos, le pegaron y la tiraron por la escalera; y a mí. Y, entonces, la Isabel, la madre de ellos, le dice: “Hombre, siquiera mira por la teta que te he dado, que a usted le he criado con mis pechos.” Y dice él: “Si me ha criado con sus pechos, ha sido con mi dinero. Vas a tener martirio, porque voy a matar a todos.” Al señorito Federico le dijeron allí dentro maricón, le dijeron de todo. Y lo tiraron también por la escalera y le pegaron. Yo estaba dentro y todo, y le dijeron maricón. Al viejo, al padre, no le hicieron nada. Fue al hijo.¹⁴

Ese mismo día, el poeta Luis Rosales, de familia falangista y falangista él mismo, acudió en ayuda de su amigo Federico y se lo llevó a vivir a su casa. Allí estaría seguro, más seguro que en cualquier otra parte. La ‘escuadra negra’ nunca buscaría en la casa de un

¹⁴ Ian Gibson, *op. cit.*, p. 160.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

renombrado falangista, como era su padre. Además, no sería la primera vez que daban refugio a un 'rojo'.

A los pocos días, ya en casa de los Rosales, por Radio Granada, se comenzó a acusar a García Lorca de ser un enlace entre los rebeldes de Granada y el Gobierno de Madrid y de haber rechazado el viaje a México, que Margarita Xirgu le ofrecía, para ponerse al servicio de la revolución en España. Había ya una orden expresa de detención contra él y se le buscaba en toda la ciudad, aunque es verdad que a nadie se le ocurrió buscar precisamente en la casa de los prestigiosos Rosales.

Max Aub, en *La gallina ciega*,¹⁵ asegura que fue don Miguel Rosales (padre) el que denunció a García Lorca, a su propio huésped. Pero, en realidad, esa afirmación no resiste el más mínimo análisis. En primer término, porque denunciar a Lorca era denunciarse a sí mismo: el castigo para quien escondiera a un 'rojo' era el paredón (muchos habían sido fusilados ya por incurrir en ese delito). Y, además, habría que tener en cuenta que don Miguel, junto con Federico, escondía en su casa también a otros 'rojos'.

En realidad, aunque parezca mucho menos verosímil, quien denunció el escondite de Federico fue su propia hermana Concha. La 'escuadra negra' había vuelto a visitar la casa de los García Lorca y, al no encontrar allí a Federico y ante la firme negativa de la familia a revelar su paradero, decidieron que no tenían por qué seguir buscando, que el padre pagaría por el hijo y esa misma noche se lo llevarían a dar un 'paseíto'. Fue en ese momento cuando Concha, en un intento desesperado por salvar al padre, terminó entregando al hermano. Trágica decisión ésa, equiparable a la elección de Antígona. Venía además de la muerte de su propio esposo, sólo unas horas antes, a manos de los mismos esbirros que ahora preguntaban por su hermano. En la madrugada del 16 de agosto, Manuel Fernández-Montesinos, esposo de Concha, había sido fusilado, junto con otras 29 víctimas, contra los muros del cementerio de Granada. Y, de pronto, las circunstancias

85

¹⁵ Max Aub, *La gallina ciega: diario español*, 1970, México, Joaquín Mortiz.

ARMANDO PEREIRA

volvían a colocarla, una vez más, ante la alternativa de una nueva muerte en la familia, sólo que ahora esa muerte dependía enteramente de su elección.

La ‘escuadra negra’ golpeó la puerta de la casa de los Rosales la misma noche del 16 de agosto. Ramón Ruiz Alonso, el ‘obrero amaestrado’ (como lo llamaba José Antonio Primo de Rivera) y exdiputado de la CEDA, fue el encargado de llevar a cabo la detención. Federico, tal vez para no complicar la situación de la familia Rosales ante el alto mando nacionalista, no opuso ninguna resistencia. Esa noche, a la pregunta de Miguel Rosales (hijo) sobre las acusaciones contra García Lorca, Ruiz Alonso respondió: “es un enlace con Rusia que ha hecho más daño con la pluma que otros con la pistola”.¹⁶

Años después, Miguel recordaría así su actitud de entonces: “no tuve cojones para enfrentarme con ellos. Con todos aquellos fusiles y tal, nos hubieran podido matar a todos, incluso a mis padres y a mi hermana. ¿Qué podía hacer? Pues tuve que entregar a Federico. Claro, ni yo ni nadie creíamos que le iban a fusilar”.¹⁷ Él también, como Concha, había tenido que elegir. Y una vez más, esa elección dejaba inerme, en el centro de un cerco de fusiles, al poeta granadino.

86

El 17 de agosto, a la mañana siguiente de la detención de Federico, José Rosales se presentó en la Comandancia Militar de Granada y, después de un alegato interminable y haciendo uso de su posición y sus influencias entre los insurrectos, consiguió una orden de liberación para su amigo. Al presentarse con ella ante el comandante Valdés, éste le respondió que García Lorca ya no estaba allí, en la sede del Gobierno Civil a su cargo, que se lo habían llevado esa madrugada. Federico, sin embargo, seguiría con vida, en los sótanos de la sede del Gobierno Civil, hasta el 18 de agosto. En la artera mentira de Valdés, estaba inscrito ya su destino.

Lorca sería fusilado en la madrugada del 19 de agosto en la localidad de Víznar, una pequeña población situada a 9 kilómetros al noroeste de

¹⁶ Ian Gibson, *op. cit.*, p. 192.

¹⁷ *Ibid.*, p. 193.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

Granada. “Los fusilados de Víznar –señala Ian Gibson– no procedían de la cárcel de Granada; eran, simplemente, los ‘desaparecidos’, los muertos ‘no oficiosos’, de quienes las autoridades negaban tener noticias.”¹⁸

Cuando el visitante llega a Víznar, lo primero que le salta a la vista es el palacio del arzobispo Moscoso y Peralta, edificado a fines del siglo XVIII, al volver el eclesiástico de América. Durante los años de la República, el palacio, conocido como ‘La Colonia’, pasaría a ser un sitio de veraneo para los escolares granadinos. Los nacionalistas, en cuanto tomaron la ciudad, lo convertirían en una cárcel, pero no en una cárcel cualquiera, sino en una antesala de la muerte. Sólo había una forma de salir de allí, y eso ya lo sabía todo el mundo.

Los condenados a muerte –continúa Gibson– llegaban generalmente por la noche y eran encerrados en la planta baja de ‘La Colonia’. Si lo deseaban, podían confesarse con el cura párroco de Víznar, José Corvetto Bustamante (...). Pasada la noche, al amanecer, los asesinos sacaban a los encerrados ‘de paseo’, dejando abandonados los cadáveres allí donde los cuerpos caían abatidos (campo, cuneta, olivar o barranco) hasta la llegada, un poco después, de los enterradores.¹⁹

87

Fue allí adonde condujeron a Federico García Lorca la noche del 18 de agosto. Esa última noche del poeta granadino en ‘La Colonia’ ha sido descrita, a partir de testimonios anónimos, por Enzo Cobelli.

Federico García Lorca anima durante toda la noche a sus compañeros de celda. Habla y fuma desesperadamente (...). A la mañana siguiente, cuando vinieron a buscarle, se dio cuenta inmediatamente de que era para llevarle al ‘paseo’. Entonces pidió un sacerdote, pero precisamente el de Víznar (...), que

¹⁸ *Ibid.*, p. 210.

¹⁹ *Ibid.*, p. 212-3.

ARMANDO PEREIRA

había esperado durante toda la noche, acababa de irse, pues le habían dicho que no habría ya ejecuciones.²⁰

En la madrugada del 19 de agosto, en una curva de la carretera que va de Víznar a Alfacar, Federico García Lorca sería fusilado.

IV

88 Como previendo las posibles repercusiones de ese crimen (Federico era popularmente leído y querido dentro y fuera de España), los asesinos trataron de cubrirse las espaldas. La mañana del 19 de agosto, mientras el cuerpo sin vida de García Lorca esperaba a sus “enterradores” a la orilla de una carretera vecinal, Granada despertaría con la noticia, concretamente en *El Correo de Andalucía*, del asesinato de Jacinto Benavente en Barcelona, de los hermanos Quintero en El Escorial y de los fusilamientos de Muñoz Seca y de Zuloaga, a manos de las hordas republicanas. Por supuesto, se trataba de una noticia espúria (todos los aludidos estaban con vida), que sólo buscaba contrarrestar el efecto que podía producir, en la población civil, la muerte del autor del *Romancero gitano*. El propio Benavente, días después, se ‘levantaría de la tumba’ para unirse a la protesta generalizada contra el asesinato de Lorca. En una carta dirigida a Ceferino Avecilla, miembro del Consejo de la Sociedad de Autores, claramente le solicita: “Mi querido amigo: Ruego a usted haga constar mi adhesión a la protesta de la Sociedad de Autores contra la muerte de García Lorca. Jacinto Benevente.”²¹

Aunque los rumores corrían ya, desde días atrás, por las calles y cafés de Madrid, la noticia no sería publicada sino hasta el 18 de septiembre, un mes después, en *El Heraldo de Madrid*:

²⁰ Enzo Cobelli, *García Lorca*, 1959, Mantua, La Gonzaghiana, p. 78.

²¹ Ian Gibson, *op. cit.*, p. 251-2.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

Todavía nos resistimos a creerlo –escribe L. Gil Belmonte–
¡Es tan monstruoso el crimen! Quisiéramos que en esta oca-
sión el compañero que da la noticia esté equivocado. Mucho
sabemos de la barbarie, la crueldad, la sanguinaria traición de
los facciosos y por eso sentimos el dolor inmenso de que el
gran poeta universal Federico García Lorca haya podido caer
en manos de los traidores. Federico García Lorca era, no sólo
admirado, sino querido de cuantos le conocían... Si los asesi-
nos le han dado muerte, suman a los horribles crímenes que
llevan cometidos uno más, de tales proporciones que no hay
palabras, por duras que éstas se busquen, para execrarlo.
El mundo en pie clama contra este asesinato.
Y los leales que combaten bravamente han de responder con
la promesa de ¡Federico García Lorca, serás vengado!²²

Como puede verse en la nota, un mes después del crimen, todavía
hay desconcierto, incredulidad, vacilación, incertidumbre, duda. Es
una nota escrita en cláusulas condicionales: ‘Si’, ‘Quisiéramos’, ‘To-
davía nos resistimos’... Pues no existía hasta entonces, en la zona re-
publicana, la seguridad de su muerte. La prensa, en cambio, en los
territorios ‘liberados’, con el objeto –como ya hemos señalado– de
sembrar la confusión entre la población y demorar la emergencia a la
superficie de la verdad de los hechos, se había dedicado a divulgar
la noticia del asesinato de Lorca falseando y tergiversando lo ocurrido.
Un día el cadáver aparecía en Guadix, otro en Córdoba o en Barcelona
o en Granada o en Madrid, aunque invariablemente el crimen había
sido perpetrado por sus propios correligionarios, por los ‘rojos’. Inclu-
so, el periódico *La Provincia* de Huelva, el 10 de septiembre, anun-
ciaba una conferencia del poeta andaluz, que debía haberse llevado a
cabo el día anterior, pero ‘que no llegó a efectuarse’, pues “la Unión
Radio y la Radio Asociación están intervenidas por el Comité Central
de las Milicias Fascistas Catalanas”.²³ Al leer la nota, nadie lograba

89

²² Cfr. *El Herald de Madrid*, 18 de septiembre, 1936, p. 5.

²³ Cfr. *La Provincia*, 10 de septiembre, 1936, p. 2.

ARMANDO PEREIRA

explicarse qué hacía el Comité Central de las Milicias Fascistas Catalanas en Huelva. Lo que, sin embargo, ya era un hecho, aunque la prensa fascista lo ocultara, es que García Lorca había muerto tres semanas antes.

Todavía el 13 de octubre, a casi dos meses del asesinato, H. G. Wells, entonces presidente del Pen Club de Londres, envió un telegrama a las autoridades militares de Granada, solicitando noticias sobre la suerte de Federico García Lorca. La respuesta, firmada por el coronel Espinosa, se limitaba a una sola, escueta y cínica línea: “Ignoro lugar hállase don Federico García Lorca.”²⁴

Toda esta ignominiosa madeja de noticias, que cada día enredaba más y más la prensa nacionalista, no fue sin embargo suficiente. Meses después, los falangistas sabrían aprovecharse de estas circunstancias de incertidumbre y desconcierto para llevar agua a su molino: intentaron incluso apropiarse de la memoria de Lorca, incorporándolo aviesamente a sus filas, como un destacado abanderado de sus ideales. En marzo de 1937, Luis Hurtado Álvarez, en el periódico *Unidad* de San Sebastián, escribió, dirigiéndose a Federico:

90

Yo afirmo, solemnemente, por nuestra amistad de entonces (...). que ni la Falange Española ni el Ejército de España tomaron parte en tu muerte. La Falange perdona siempre; y olvida. Tú hubieras sido su mejor poeta; porque tus sentimientos eran los de la Falange: querías Patria, Pan y Justicia, para todos (...). La Falange te espera; tu bienvenida es bíblica: Camarada, tu fe te ha salvado. Nadie como tú para sintonizar con la doctrina poética y religiosa de la Falange, para glosar sus puntos, sus aspiraciones.

A la España Imperial le han asesinado su mejor poeta. Falange Española, con el brazo en alto, rinde homenaje a tu recuerdo.²⁵

²⁴ Cfr. *El Sol*, 14 de octubre de 1936, p. 1.

²⁵ Ian Gibson, *op. cit.*, p. 259-60.

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

Se llegó incluso a la denigración, a la ofensa, al escarnio moral, a grados francamente impensables. En 1956, Jean-Louis Schonberg, un escritor gris y justamente olvidado, publicó un libro (un libelo de mala leche, más bien) en el que llegaba a afirmar, sin el menor reparo, que la muerte del poeta granadino no se había debido a razones políticas o ideológicas, sino a una simple pelea entre maricas.²⁶ *Le Figaro Littéraire*, en varios de sus números entre septiembre y octubre de 1956, se dedicó, por su parte, a divulgar distintos capítulos del libro. El gobierno franquista no iba a desaprovechar una oportunidad como ésta, servida en bandeja de plata: a través de su prensa acrítica y sumisa, hizo extenso e intenso uso de esa versión, reproduciéndola y comentándola profusamente en *La Estafeta Literaria* de Madrid.

Comentarios de esta naturaleza, proliferarían. Sin embargo, el prestigio universal alcanzado por Federico García Lorca no sería ni siquiera rozado por los desazonados esfuerzos de sus detractores, plumas que siempre estuvieron al servicio de la estulticia y de la insensatez. Ahí está, en cambio, su obra, también su vida, para desmentir cualquier entuerto, una vida y una obra limpias, transparentes, al servicio siempre de “los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega”.

91

²⁶ Jean-Louis Schonberg, *Federico García Lorca. L'homme-L'oeuvre*, 1956, París, Plon.